

en vísperas del Imperio. No se trataba ya ni de libertad, ni de democracia, ni de aristocracia; tratábase de salvar la sociedad que amenazaba perecer. ¿Quién será el salvador? Hé aquí toda la cuestión. ¿Hay necesidad de preguntar si el régimen oligárquico era capaz de salvar á Roma? La aristocracia era la que había llevado á la sociedad al borde del abismo: ¿cómo había de contenerla sobre la pendiente fatal que conducía á la muerte? La democracia ha manifestado su poder. Roma estaba en la agonía al advenimiento de César: éste contuvo el progreso del mal que la corroía; le imprimió una vida bastante fuerte para que el mundo antiguo que llevaba en sí todas las señales de la muerte, subsistiese durante siglos, hasta que llegase el tiempo en que podía abrir paso á un nuevo mundo.

N.º 3. — César.

Se ha dicho de Napoleon que era el representante armado de la democracia. En realidad, el gran emperador fué más bien un conquistador que un demócrata. César es el verdadero órgano de la democracia, tal como la antigüedad la concebía. Demagogo en su juventud, no fué conquistador más que por necesidad. El vencedor de los Galos siguió siendo demócrata; si cambió de medios para llegar al fin, no varió en el ideal que le guiaba. La fuerza de las cosas fué la que le compelió á la guerra civil. Él hubiera querido llegar al poder sin derramar una sola gota de sangre de sus enemigos. Esto era una ilusión. La aristocracia estaba todavía en posesión del gobierno, disponía de un ejército, tenía un soldado á su servicio; ¿cómo había, pues, de abdicar sin combatir? Hé aquí, pues, de nuevo frente á frente la aristocracia y la democracia. ¿A quién pertenecerá el imperio de la tierra? El porvenir es de aquel que por sus tendencias humanas se muestre digno de regir los pueblos.

Es casi hacer una injuria á César el compararle á los miserables aristócratas que se agitaban en el campo de Pompeyo. Era una oligarquía en el último trance. Nunca ha sido la humanidad la virtud de los oligarcas: derrotados, expulsados de Roma, no

respiraban más que venganza. Su pasión iba hasta el frenesí. No había nada que esperar de aquellos ultras; daban muerte á todos los oficiales y soldados de César que caían en sus manos. Si hubiesen quedado vencedores, hubieran inaugurado el régimen de la república roja. Nos queda un testimonio nada sospechoso de sus sanguinarios proyectos. Oigamos á *Ciceron*, que en aquel momento estaba en las filas de la aristocracia; escribe á sus amigos: «Pompeyo desea mucho una dominación semejante á la de Sila; es lo que ha manifestado más claramente. Si la consigue no dejará en Italia una teja. Sus amenazas contra los ricos y contra los que no lo han seguido son terribles.... Pompeyo suele decir: «¡Sila lo he conseguido y yo no lo he de conseguir!» Su designio es hacer perecer primeramente á Roma y á la Italia de hambre, robar el dinero de los ricos, devastar las campiñas y ponerles fuego por todas partes. No se propone tratar mejor á la Grecia, y cree que el botín que abandonará á los soldados le colocará por encima de César. No se habla en su campamento más que de proscripciones, y se recuerda con gusto lo que se llama el reinado de Sila» (1). ¡Había entre los Pompeyanos un republicano hombre de bien! Catón temía más al triunfo de los suyos que su derrota. ¡A tal estado habían llegado Roma y la República!

¡Qué contraste entre estos hombres, pretendidos defensores de la libertad, y aquel á quien daban el nombre de tirano! Los testimonios están unánimes respecto de los sentimientos de César. *Ciceron*, su enemigo político, confiesa, en la intimidad de la correspondencia, que era de un natural dulce y generoso (2). Permaneció fiel á su carácter en todo el curso de la lucha. *Salustio* ha podido decir sin lisonja, que la guerra de César era más humana que la paz de sus enemigos (3). Dejó ir en libertad muchas veces ejércitos enteros después de haberlos vencido: dió libertad á los generales de Pompeyo, y aunque éstos volviesen á hacer armas contra él, no por esto dejó de perdonarlos (4). Su comporta-

(1) CICER., *ad Attic.*, VIII, 11; IX, 7, 10; XI, 6. *C. ad Fam.*, IV, 14, 9; IX, 6.

(2) «*Mitis clemensque natura*» (*ad Fam.*, VI, 6. *C. pro Sertio*, c. 63; *pro Marcello*, 6; *pro Dejotaro*, c. 12).—«*Natura lenissimus*», dice SUTONIO (*Ces.*, c. 74).

(3) *Cartas de Salustio á Cesar*, II, 1.

(4) *CES.*, *De bello civ.*, I, 24; III, 10. Escribe á CICERON (*ad Attic.*, IX, 16): «No

miento en España fué admirable. No quería empeñar el combate contra los Pompeyanos, porque esperaba vencerlos, privándoles de víveres. «¿Para qué, decía, comprar ni aún una victoria á costa de la sangre de algunos de los suyos? Además le conmovía la suerte de tantos ciudadanos, cuya pérdida veía inevitable; prefería una victoria que le permitiera salvarlos.» Los generales de Pompeyo pusieron obstáculos á sus generosos designios: para hacer irreconciliables los odios, mandaron matar á los soldados de César que, con la esperanza de la paz, habian ido á su campamento. ¿Quién no hubiera excusado la venganza contra hombres tan péfidos como crueles? César hizo buscar á los Pompeyanos que se encontraban en su campamento, y les dió libertad. Bien pronto obligó á los mismos generales que habian asesinado á sus soldados, á implorar su piedad. César podía usar de los derechos del más fuerte; no pidió más que una cosa, que fuese licenciado el ejército enemigo (1). Sobre el campo de batalla de Farsalia, en donde se decidieron los destinos del mundo, exclamaba: «Salvad á los ciudadanos romanos.» Los Pompeyanos degollaban sin piedad á los prisioneros que hacian de los de César. Vencidos á su vez, se arrojaron á sus piés y le pidieron la vida. El generoso vencedor perdonó tanto á los jefes como á los soldados; solamente algunos, á quienes anteriormente habia ya perdonado, pagaron con la vida su falta de fe (2).

César mostró la misma humanidad respecto de las ciudades que habian abrazado el partido de Pompeyo. No quiso que Marsella fuese tomada por asalto. Costó mucho trabajo el contener á las legiones. Los Marselleses pidieron una tregua y la violaron de la manera más pérfida. César se encontraba en este caso en presencia, no ya de ciudadanos romanos, sino de una ciudad extranjera; el derecho de gentes le autorizaba para castigarla. Vencedor hu-

os engañais, nada más léjos de mi carácter que la crueldad.—Prisioneros á quienes he devuelto la libertad no quieren aprovecharse de ella, segun se dice, más que para volver á tomar las armas. No por esto cambiaré yo de conducta.»

(1) CÆS., B. C., I, 72-86.—C. DION. CASS., XLI, 20-23.—PLUTARCH., *Cæs.*, 36; *Pomp.*, 65.—APPIAN., B. C., II, 42 y sig.—VELLEJ., II, 50.—FLORUS, IV, 2.

(2) IBID., B. C., III, 98.—APPIAN., B. C., II, 64 y sig.—DION. CASS., XLI, 51 y sig.—PLUTARCH., *Cæs.*, 40 y sig.; *Pomp.*, 66 y sig.—VELLEJ., II, 52.

mano, perdonó á Marsella, olvidando su conducta presente, en consideracion á su antigüedad y á su fama (1). De la misma clemencia usó en Alejandría y en Utica. Perdonó al tetrarca Deiotaro. Su mayor felicidad, decía, era salvar la vida de sus adversarios. El asesinato de Pompeyo le hizo verter lágrimas. Al saber el suicidio de Caton, dijo: «Caton me envidia la gloria de una bella accion» (2).

Después de haber vencido á todos sus enemigos, César volvió á Roma. Su comportamiento para con sus enemigos fué objeto de admiracion y de asombro para sus contemporáneos (3) y para los historiadores y filósofos de la antigüedad (4). Confirió dignidades y honores á aquellos mismos que habian empuñado las armas contra él; quería por medio de esta generosidad sin ejemplo unir las facciones que desgarraban á Roma y merecer el título de padre de la patria (5). Montesquieu dice «que la moderacion de César, después que lo habia usurpado todo, no merece grandes elogios.» El ilustre escritor no hace justicia al vencedor de Pompeyo. También la aristocracia habia sido victoriosa; Sila era igualmente un usurpador: y ¿qué uso hizo de la victoria? Compárense las proscripciones de Sila y la humanidad de César, y decídase entre la aristocracia y la democracia.

La humanidad de César no era el sentimiento mezquino del ciudadano antiguo; abrazaba todo el mundo romano en su afecto y su solicitud. También éste es un rasgo de la democracia; César siguió las huellas de Cayo Graco. Uno de los grandes crímenes de la república fué la destruccion de las dos ciudades más comerciales de la antigüedad. César volvió á levantar las murallas de Cartago y de Corinto (6). Esto era en cierto modo inaugurar un

(1) CÆS., B. C., II, 12, 13, 14, 22.

(2) PLUTARCH., *Cæs.*, 47.—APPIAN., B. C., II, 99.—PLUTARCH., *Cat.*, 72.

(3) Los Romanos no se atrevían á dar crédito á la reputacion de clemencia de César; esperaban nuevas proscripciones (DION. CASS., XLI, 16; XLII, 27, 28).

(4) VELLEJUS PATERCULUS (II, 56) dice «que costará trabajo á los hombres el dar crédito á su clemencia». «Jamás usó nadie más generosamente de la victoria», dice SÉNECA (*De ira*, II, 30).

(5) DION. CASS., XLIII, 50; XLIV, 4.—PLUTARCH., *Cæs.*, 57.—APPIAN., B. C., II, 107.—SÜETON., *Cæs.*, 75, 76, 85.

(6) APPIAN., VIII, 136.—PLUTARCH., *Cæs.*, 57.—DION. CASSIUS (XLIII, 50) dice que este acto fué uno de los más gloriosos de César.

nuevo derecho de gentes. En el mundo antiguo, las ciudades perecían como los hombres; en el mundo que va á nacer cesará la obra de exterminio, para dejar paso al desarrollo progresivo de la civilización. César es el lazo entre las dos sociedades; en la guerra de las Galias, es el hombre antiguo; en su conducta política, es el hombre moderno. Cuando pereció, víctima del antiguo espíritu aristocrático, el pueblo y las provincias le lloraron: «Una multitud de extranjeros, dice *Suetonio*, tomó parte en el duelo público, y á su vez se aproximaron á la pira, manifestando su dolor cada cual al estilo de su país. Llamaron la atención principalmente los Judíos; hasta velaron, varias noches despues, cerca de sus cenizas» (1). ¿No es un testimonio interesante y grave de la humanidad de César el dolor universal de los extranjeros, al cual se mezclan los lamentos de un pueblo que tenía fama de odiar al género humano?

La humanidad de César no justifica ciertamente su obra; nosotros creemos que ésta encuentra su justificación en los designios de Dios y en el estado social de Roma al final de la república. César ha salvado al mundo antiguo de una inminente ruina; ha cumplido su misión como salvador y como hombre de Estado. Ya los terribles Bárbaros que debían poner fin á la dominación romana, habían espantado á Roma. Mario aniquiló á los Cimbrios y á los Teutones, pero éstos no eran más que la vanguardia; la masa de la nación avanzaba hácia Occidente. César halló á los Germanos establecidos en el territorio de los Galos. Las Galias hubieran sido inevitablemente presa de los hombres del Norte, si César no los hubiera rechazado al otro lado del Rhin. El terror del nombre romano contuvo durante siglos á los Bárbaros: era el tiempo necesario para que la cultura romana pudiese arraigarse en el mundo occidental y para que el Evangelio se extendiese por los países sometidos á la dominación de Roma. Si la invasión de los pueblos germánicos hubiese tenido lugar cuatro siglos ántes, lo hubiera destruido todo sin regenerarlo. Tal fué la misión de César como conquistador; no ha confiado Dios otra más elevada á ninguno de sus elegidos (2).

(1) SUT., *Ces.*, 84.

(2) MOMMSEN, *Römische Geschichte*, t. III, p. 282.

César no era un guerrero á la manera de Alejandro; no pedía nuevos mundos que conquistar. El mundo antiguo se hacía viejo; los signos de decadencia eran visibles. Tratábase de conservar la dominación romana, no de extenderla. Esta fué la misión de César y del Imperio. El grande hombre se formaba una ilusión al creerse llamado á inaugurar el reinado pacífico de la democracia. Es verdad que conquistó el poder por la fuerza de las armas, pero estaba léjos de querer fundar una monarquía militar: su ideal era el de los Gracos y no una tiranía apoyada en sus pretorianos. César no veía que la fuerza era el único lazo de unión que quedaba á la sociedad antigua, el único medio capaz de contener su disolución. En vano trató de regenerar al pueblo por un vasto sistema de colonización: éste era un paliativo, pero no un remedio para el mal que corroía á la antigüedad; el remedio no estaba al alcance de ningún poder humano. Todo cuanto era posible hacer lo hizo César, y consiguió tanto cuanto un hombre puede conseguir. El mundo romano vivió cuatro siglos con la vida que le dió el gran demócrata. Durante este tiempo se extendieron y fortalecieron los gérmenes de una nueva civilización.

Ahora se comprenderá en qué sentido decimos que el advenimiento del Imperio era un hecho providencial. Se ha ensalzado en nuestros días el régimen de los Césares como un tipo, un ideal de gobierno. Esto es dar prueba de una crasa ignorancia de los hechos y desconocer el abismo que separa á las naciones modernas de la antigüedad. Si el Imperio ha sido un refugio necesario para la sociedad romana, es porque esta sociedad estaba condenada á morir. El pueblo romano se parecía á un enfermo á quien desconfía el médico de devolver la salud; no pudiendo curarle, le infunde una vida ficticia dándole un veneno. Este veneno era el Imperio: durante siglos ha sostenido á un cuerpo moribundo. ¿Es esta una razón para recomendar el veneno á los que disfrutaban de buena salud?

Nos queda todavía que rectificar un error singular que se ha perpetuado á través de los siglos. César cayó herido por la aristocracia romana; el tirano fué muerto en nombre de la libertad. Esta palabra sagrada ha engañado á la posteridad. Una de las inteligencias más claras de Francia, Montaigne, sin dejar de reco-

nocer «la incomparable grandeza de aquella alma», se indigna contra «su furiosa pasión ambiciosa. Este solo vicio, dice, desvirtuó en él la más bella y rica naturaleza que hubo jamás, y ha hecho abominable su memoria á todos los hombres de bien, por haber querido buscar su gloria en la ruina de su país y en la subversión de la más poderosa y floreciente república que verá nunca el mundo» (1). Ya hemos replicado anteriormente á la censura de tiranía que se dirige á César. Pero debemos insistir respecto del error que hemos señalado. Nos parece fundamental, porque obliga á formar juicio inexacto de toda la historia de Roma.

N.º 4. — *La República y el Imperio.*

*La Libertad y la Igualdad.*

El Imperio romano goza de mala fama; la menor censura que se le dirige es la de haber destruido la libertad de que gozaba Roma en tiempo de la República. De aquí la eterna acusación de tiranía que pesa sobre el primero y el más grande de los Césares, y la aureola que rodea á los nombres de los tiranicidas. No tenemos interés en rehabilitar el despotismo de los emperadores; si fuese verdad que César hubiese muerto la libertad, uniríamos nuestras maldiciones á las de todos los amigos de la libertad. Pero antes de deplorar la caída de la República, antes de maldecir á los que han ocupado su puesto, es menester ver qué era la república romana, es menester ver si aseguraba realmente los derechos que son los únicos que dan un valor á la vida. ¿Tenían realmente libertad los Romanos? Parecerá paradójica nuestra proposición; sin embargo, es bien seria. La duda que implica tiene su fundamento en el estado social del mundo antiguo. No; ni Roma ni Grecia han conocido la verdadera libertad; la antigüedad no ha tenido más que aspiraciones á la igualdad, pero le ha faltado siempre el sentimiento de la libertad. Este es un sentimiento

(1) MONTAIGNE, *Ensayos*, II, 34.—El juicio que MAQUIAVELO emite sobre César es todavía más riguroso (*Discurso sobre Tito-Livio*, I, 10).

moderno que tiene sus raíces en los bosques de la Germania.

Ante todo es preciso ponerse de acuerdo sobre el sentido que se da á la palabra libertad. Si la libertad consiste en una cierta forma de gobierno que se llama república, preciso es convenir en que los Griegos y los Romanos la han practicado y que los pueblos modernos la desconocen. Esta preocupación ha reinado largo tiempo; se ha creído que la libertad era antigua y la servidumbre moderna. Pero basta comparar la condición del hombre en las monarquías constitucionales con la del ciudadano en las repúblicas de Grecia y Roma, para rechazar un error que es casi una injuria para la humanidad, porque en el fondo no es más que la desconsoladora convicción de la antigüedad, de que los individuos y los pueblos van deteriorándose cada vez más y más. Las formas de gobierno no son más que una garantía de la libertad; allí donde falta la libertad las formas no son más que una cosa vana é irrisoria. Lo que constituye la esencia de la libertad, son los derechos que el hombre recibe de Dios, y cuyo goce debe asegurarse la sociedad. Estos derechos son la expresión de individualidad; ahora bien, la misión suprema del hombre es el desarrollo de su individualidad, y el Estado tampoco tiene otra. Si, pues, queremos apreciar el grado de libertad de que goza un pueblo, debemos mirar si estos derechos naturales, inscritos en nuestras constituciones, y lo que vale más aún, arraigados en nuestras costumbres, son reconocidos, respetados, garantizados. ¿Quién podrá negar que los pueblos modernos tienen esta necesidad, esta pasión de libertad individual en el más alto grado? Sin embargo, debemos notar que las naciones en que predomina el elemento latino se preocupan mucho menos por su independencia, por su soberanía individual que las de origen germánico. Esto sólo prueba ya que Roma no comprendía la libertad tal como nosotros la amamos, y toda su historia es la confirmación de este hecho.

Uno de los mejores historiadores modernos dice que lo que constituye la grandeza de las revoluciones romanas, es que jamás se invocaron en ella los pretendidos derechos naturales del hombre en contra del Estado (1). Si resucitase algún antiguo Romano, y

(1) MOMMSEN, t. I, p. 225.